

PROYECTO DE DECLARACION

LA HONORABLE CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA NACIÓN

DECLARA

Su más enérgico beneplácito por las declaraciones de la jefa de la diplomacia de la Unión Europea, Kaja Kallas, en las que condena los recientes ataques perpetrados por la Federación Rusa contra Ucrania y anticipa una nueva ronda de sanciones económicas, ratificando el compromiso del bloque europeo con la paz, el orden internacional basado en normas y la defensa de la soberanía y la libertad de los pueblos.

Firmante: Gerardo Milman.

Co firmantes:

- Iglesias Fernando.
- Arabia Damián.
- Campagnoli Marcela.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

La política internacional es, en su manifestación más esencial, una lucha constante entre el poder y el derecho, entre la fuerza y la razón, entre el arbitrio de los imperios y el clamor de los pueblos libres. Cuando una gran potencia se arroga el derecho de invadir, destruir y someter, bajo el pretexto de viejos agravios o ambiciones territoriales, es deber de las naciones civilizadas no solo repudiar semejante atropello, sino también respaldar activamente a quienes resisten en nombre de la libertad.

Es por ello que este Honorable Cuerpo no puede menos que celebrar y acompañar con firmeza política y convicción moral las recientes declaraciones de la jefa de la diplomacia de la Unión Europea, Kaja Kallas, quien calificó de "inaceptables" los últimos bombardeos rusos contra Ucrania y anticipó la adopción de nuevas sanciones económicas para privar al régimen de Putin de los recursos con los cuales sostiene su máquina de guerra.

Las palabras de Kallas no son solo una reacción diplomática ante un hecho puntual, sino una afirmación de principios. Son el eco de una Europa que, aunque lastimada, aún conserva memoria de los horrores totalitarios del siglo XX; una Europa que entiende que, sin respuesta firme, las agresiones se repiten; que no hay paz sin justicia, ni justicia sin responsabilidad.

Porque lo que hoy ocurre en Ucrania no es simplemente una guerra: es un crimen internacional, una violación masiva de los derechos humanos, un desafío frontal al derecho internacional, un intento deliberado de borrar

la soberanía de un Estado libre e imponerle una dominación imperial ajena a su voluntad.

Putin no actúa por error ni por desesperación: actúa con premeditación, con cálculo y con impunidad. Utiliza el petróleo y el gas como armas geopolíticas. Usa la propaganda como instrumento de manipulación global. Se abraza a regímenes autoritarios como el de Corea del Norte o Irán, no como estrategia de supervivencia, sino como una alianza ideológica de autócratas que desprecian la democracia liberal, los derechos individuales y el orden internacional basado en normas.

En este contexto, que la Unión Europea —con todas sus diferencias internas, su burocracia y sus traumas históricos— se mantenga firme, unida y decidida, no es un dato menor. Que su alta representante declare que “limitar el precio del petróleo ruso es clave para cortar el financiamiento de la guerra”, es una decisión estratégica de alto valor moral y práctico. Porque lo que está en juego no es solo el destino de Ucrania: es la legitimidad de todo el sistema internacional posterior a 1945; es la idea misma de que ningún país puede cambiar fronteras por la fuerza sin enfrentar consecuencias.

La historia nos ha enseñado que la neutralidad, en tiempos de horror, no es virtud, sino complicidad. Que el silencio frente al atropello es una forma de consentimiento. Y que la única manera de preservar la libertad es ejerciéndola con coraje.

Nos encontramos en un momento definitorio para el orden mundial. Cada bomba que cae sobre una escuela ucraniana, cada misil que arrasa un hospital, cada dron que asesina civiles en nombre de un supuesto derecho histórico, interpela a todos los actores del sistema internacional. No se trata de una guerra lejana, sino de una agresión que nos afecta como comunidad

global, como defensores de los principios universales de la autodeterminación, la libertad y la paz.

La Unión Europea ha elegido el camino correcto: el de las sanciones, el de la presión diplomática, el de la solidaridad con el pueblo ucraniano. La visita de Kaja Kallas al sudeste asiático y su advertencia a países como Laos acerca de las consecuencias de cualquier colaboración con Rusia refuerzan esta estrategia: construir una red global de resistencia contra los nuevos autoritarismos, persuadir a los no alineados, y contener la expansión del cinismo geopolítico que equipara víctimas y victimarios.

No es casual que estas acciones coincidan con una intensificación de los ataques rusos. Cuanto más aislado se encuentra Putin, más desesperada se vuelve su ofensiva. El mayor ataque combinado de drones y misiles desde el inicio del conflicto no es solo una escalada bélica: es una expresión de debilidad, una confesión de que la guerra no se gana en el campo de batalla ni en la diplomacia, sino en la narrativa que el mundo acepta o rechaza.

En este sentido, la declaración de Kallas no es un acto aislado, sino una continuidad lógica de una política exterior que, con todas sus limitaciones, ha sabido entender la naturaleza del conflicto. No se trata de Ucrania, se trata de los valores occidentales: el respeto a las fronteras, el imperio del derecho, la libertad individual, la autodeterminación de los pueblos.

Quienes creemos en las ideas de la libertad no podemos mantenernos al margen. La libertad no es un privilegio de las grandes potencias ni una concesión de los gobiernos. Es un derecho natural, inalienable, que asiste a cada ser humano. Ucrania no está peleando por un mapa: está peleando por su derecho a existir, a elegir, a vivir sin miedo.

Como argentinos, como legisladores y como ciudadanos del mundo, debemos levantar la voz. El beneplácito que aquí proponemos no es una formalidad, ni un gesto retórico. Es una toma de posición ética y política. Es

una afirmación de que, incluso desde el sur del mundo, podemos y debemos acompañar a quienes defienden la libertad con coraje.

La diplomacia no es neutralidad estéril ni relativismo moral. La verdadera diplomacia es la que se alza para denunciar el atropello, la que construye alianzas para defender la paz, la que tiene el coraje de llamar a las cosas por su nombre.

Hoy, esa diplomacia tiene el rostro de Kaja Kallas, y la voluntad de una Europa que, lejos de replegarse, se muestra dispuesta a enfrentar con firmeza a quienes creen que la fuerza puede prevalecer sobre el derecho.

Quien no condena, consiente. Quien no actúa, habilita. Quien relativiza, degrada. En el mundo que viene, el conflicto entre libertad y autoritarismo no será periférico, será central. Y cada declaración, cada sanción, cada gesto diplomático cuenta.

Por ello, esta Honorable Cámara no solo celebra la firmeza europea: la toma como ejemplo. Y reafirma su compromiso con la libertad, la paz, la soberanía y la dignidad de los pueblos.

Porque, como enseñó el gran Isaiah Berlin, "la libertad no consiste en tener un buen amo, sino en no tener ninguno". Y Ucrania, como todas las naciones libres, merece decidir su destino sin cadenas, sin invasores y sin miedo.

Por todo lo expuesto, solicito a mis pares el acompañamiento de este proyecto de declaración.

Firmante: Gerardo Milman.

Co firmantes:

- Iglesias Fernando.
- Arabia Damián.
- Campagnoli Marcela.